

## Tradición y modernismo: La Universidad de Chile

JEAN LABBENS

### 1. *El modernismo de las universidades chilenas*

La enseñanza universitaria en Chile puede pasar, a primera vista, como la más moderna de América Latina y quizás una de las más modernas del mundo. Aunque las estadísticas de que disponemos sean bastante reducidas y que Chile aún no haya llevado a cabo un censo universitario, se recogen, sin dificultad alguna, bastantes índices característicos de la modernidad.

En marzo de 1967, las ocho universidades chilenas reunían alrededor de cincuenta y seis mil quinientos estudiantes. La población del país, calculada hasta el 31 de diciembre de 1966, era alrededor de ocho millones novecientos mil habitantes. Es decir que en Chile hay seiscientos treinta y cinco estudiantes por cada cien mil habitantes. Es más que en la mayoría de los países europeos, como por ejemplo Alemania, Dinamarca, los Países Bajos y Suecia. Los únicos países europeos que en 1965 sobrepasan a Chile son Francia, Checoslovaquia, Finlandia, Bulgaria y la Unión Soviética.<sup>1</sup> Naturalmente cálculos de este tipo, operados en términos de la población global, deben ser tomados con cautela. Sería necesario tomar en cuenta la estructura demográfica de cada país para no favorecer indebidamente a aquellos países que, proporcionalmente, cuentan con el mayor número de jóvenes en edad universitaria y para no poner en desventaja a países que, como Uruguay, ven el envejecimiento de su población. Se calcularía pues la relación, no sobre la población global, sino sobre un sector de edad, en la incidencia del número de personas que tienen entre veinte y veinticuatro años de edad. El nuevo índice es, también, muy fácil de ser criticado: la edad en la que los estudiantes ingresan a la universidad y la duración de los estudios varían según los países y los efectivos se ven artificialmente hinchados, así como los porcentajes, cuando los estudiantes prolongan excesivamente su estancia en los establecimientos de enseñanza superior. En el caso de Chile, sin

embargo, es raro que una persona ingrese a la universidad después de los veinte años y no parece que muchos estudiantes "arrastran" sus estudios más allá de la duración normal. La tasa que se puede calcular sobre el sector de edad universitaria es, pues, bastante revelador en la incidencia. Según eso, las universidades chilenas recibirán setenta y tres por cada mil habitantes en edad de frecuentar los establecimientos de enseñanza superior. Esto es netamente más que Alemania (43 por 1,000), que Italia (56), que la Gran Bretaña (66) en 1965; por decirlo así es igual que Yugoslavia (76) y Rumania (78), casi igual que Suecia (82) en este año de referencia.<sup>2</sup>

Una perspectiva dinámica revela impresiones parecidas. En 1957, las universidades chilenas reunían diecinueve mil ochocientos estudiantes. Era algo ya bastante honorable para un país que tenía entonces siete millones de habitantes. Entre 1957 y 1967, el número de estudiantes se multiplicó prácticamente por tres. En otras palabras, se ha creado el doble de plazas en las universidades de las que existían al principio del periodo que consideramos. Durante el mismo tiempo, la población solamente aumentó en 25 a 30 por ciento. Por lo tanto, en 1967, y siempre en proporción con la población, existe el doble de estudiantes que en 1957, y quizás más. Este crecimiento no es espectacular si se compara con el crecimiento en ciertos países de América Latina, que estaban todavía muy atrasados a fines de la década anterior a la nuestra; por el contrario, el crecimiento de efectivos universitarios en Chile es notable si se compara con el crecimiento de los países que estaban ya relativamente avanzados, como Argentina.

Esta población estudiantil (y aquí tenemos un segundo índice de modernidad) tiene una gran proporción de mujeres. Estas representan, de hecho, cuarenta por ciento de los efectivos. En América Latina, solamente dos países sobrepasan a Chile en este sentido: Argentina y Panamá. Una vez más hay que tener en mente una cosa peculiar: entre las ocho universidades chilenas, dos son, de hecho, escuelas de ingenieros y de técnicos: la Universidad Técnica del Estado y la Universidad Técnica Federico Santa María. Como resultado de un fenómeno que no es propio de Chile, se ven relativamente pocas mujeres en estos dos establecimientos (respectivamente diecinueve y doce por ciento de los efectivos); por el contrario, en la Universidad de Chile, que reúne ella sola más de la mitad de los efectivos de estudiantes del país, la proporción de mujeres es de cuarenta y seis por ciento. Se tiende a la igualdad entre los sexos.

Esto es también lo que muestra la evolución que se ha producido entre 1957 y 1967. Haciendo una abstracción de las dos universidades técnicas que acabamos de mencionar, se han creado entre estas dos fechas un poco más de treinta plazas nuevas (30.255 exactamen-

te); las mujeres se han adjudicado el cuarenta y ocho por ciento (14,523 plazas contra 15,732 a los hombres).

Se tiende también a asegurar la igualdad entre la capital o la zona central (Santiago y Valparaíso) y la provincia. Sin duda, más de dos tercios de los estudiantes todavía están concentrados en Santiago y Valparaíso,<sup>3</sup> pero si se retrocede algunos años, y si se toma también una visión dinámica, se advierte una verdadera conquista de la provincia en la universidad. En 1957, la vida universitaria todavía era un fenómeno de la capital, más bien de la zona central: tres estudiantes de cada cuatro estaban inscritos en las tres universidades de Santiago (Universidad de Chile, Universidad Técnica del Estado, Universidad Católica de Chile). Si se une Valparaíso, que ya tenía dos universidades (Universidad Católica de Valparaíso, Universidad Técnica Federico Santa María) y una sección de la Universidad de Chile, la proporción alcanzaba el noventa por ciento. La provincia, propiamente dicha, solamente recibía la décima parte de los efectivos universitarios.

La extensión de la enseñanza superior fuera de la zona central, sin embargo, había comenzado desde mucho tiempo antes con la Universidad de Concepción, creada en 1919 y que, en 1957, reunía cerca de dos mil estudiantes. Esta universidad ocupaba, entonces, como hoy, el cuarto lugar, por orden de importancia numérica, entre las universidades del país. Se manifestaban ya otros esfuerzos de "provincialización": la Universidad de Chile acababa de instalar un centro en Antofagasta donde, es cierto, solamente reunía treinta y cuatro estudiantes; había tomado bajo su control la escuela del Servicio Social en Concepción (54 estudiantes); la Universidad Austral (Valdivia) y la Universidad del Norte (Antofagasta) tenían en un principio, respectivamente, ciento cuarenta y cuatro y cien estudiantes; la Universidad Técnica del Estado mantenía, por su parte, seis modestos centros provinciales: las escuelas de las minas de Antofagasta (noventa y seis estudiantes), de Copiapo (setenta y un estudiantes), de La Serena (ciento veintinueve estudiantes), las escuelas industriales de Concepción (ciento veintiséis estudiantes), de Temuco (diecinueve estudiantes), de Valdivia (dieciocho estudiantes). En total, menos de quinientos estudiantes en la provincia para la Universidad Técnica del Estado. Con excepción de la Universidad de Concepción, solamente se trataba de "puestos avanzados" para los efectivos, sumamente reducidos, pero que dejaban prever una penetración más importante.

En 1967, se logró esta penetración. Cerca de una tercera parte de los estudiantes se encuentran en provincia y el total que les corresponde alcanza dieciocho mil, casi lo mismo que todos los estudiantes inscritos en 1957 y por lo tanto más de los que entonces se encontra-

ban en Santiago y Valparaíso reunidos. La provincia hoy en día cuenta con la misma cantidad que las dos ciudades del Centro hace once años. El número de plazas nuevas que han sido creadas entre 1957 y 1967 y, tomando en cuenta esta vez las universidades técnicas, es alrededor de treinta y seis mil setecientos (36,691); Santiago cuenta con un poco más de dieciséis mil (16,155), Valparaíso un poco más de cinco mil (5,142) y la provincia cerca de quince mil quinientos (15,396). Pero, como desde el punto de partida (1957), las desigualdades eran considerables, la evolución ha tenido como resultado el duplicar los efectivos en Santiago, triplicarlos en Valparaíso y multiplicarlos por siete en las provincias.

Esta "conquista de la provincia" se ha llevado a cabo en Chile en una forma original. Cuando una extensión de este tipo se produce en América Latina, generalmente es el resultado de nuevas universidades; se ve, pues, la creación rápida, y a veces en forma desordenada, de nuevas instituciones de enseñanza superior. En Chile, no ha ocurrido ninguna creación de este tipo entre 1957 y 1967: las universidades provinciales que existían en 1957 se han desarrollado (Concepción) o cerrado (Universidad Austral y Universidad del Norte); esencialmente, este cambio obedece al hecho que las dos universidades del Estado, que tienen su sede en la capital, se han extendido hacia la provincia o han creado centros dependientes de su "casa central". La Universidad de Chile y la Universidad Técnica del Estado han dejado de ser instituciones de Santiago para convertirse en realidades nacionales.

La originalidad de Chile se manifiesta una vez más en otro plan, el de la distribución de estudiantes entre las diversas disciplinas. Se ha dicho repetidas veces: la universidad colonial y la universidad del siglo XIX proponían a una élite limitada una formación teológica, jurídica, médica y literaria que era suficiente para los dirigentes de una sociedad económicamente estacionaria: "la casi totalidad de la población que permanece analfabeta venera la ciencia de sus maestros y los diplomas que la consagran; el título de doctor podría ser el símbolo de una América Hispánica que se interesaba muy poco por la alfabetización".<sup>4</sup> En 1957, Chile había ya renunciado a esta herencia que conservaba aún la mayor parte de América Latina. En una forma un poco resumida aunque reveladora, se podían distinguir, en el seno de las enseñanzas universitarias, dos grandes sectores: el sector tradicional que agrupaba las humanidades, las bellas artes y la arquitectura, el derecho, la medicina y las carreras relacionadas con la salud humana; el sector moderno que comprendía la educación, las ciencias sociales, las ciencias naturales y las matemáticas, la ingeniería, la agricultura, y la medicina veterinaria. Mientras que en 1957, en la

mayoría de los países de América Latina, el sector tradicional atraía todavía seis o siete estudiantes de cada diez, solamente recibía cuatro de cada diez en Chile. La evolución que se produjo de 1957 a 1967 ha reforzado aún más la posición del sector moderno que recibe ahora casi tres de cada cuatro estudiantes (73 %): la "matrícula" se presenta pues, por lo menos a primera vista, bajo un aspecto moderno que sorprende agradablemente.

Mientras que en muchos países de América Latina el incremento de los efectivos universitarios que vemos desde hace una veintena de años se debe, en realidad, solamente a una inflación exagerada del número de estudiantes en derecho y en medicina, en Chile el ochenta por ciento de las nuevas plazas creadas entre 1957 y 1967 han sido abiertas en el sector moderno. El total de estudiantes en derecho solamente ha aumentado, en todo el país, en dieciséis unidades; más bien ha disminuido en forma sensible (doscientos veintiuna inscripciones) en la Universidad de Chile. Los estudiantes inscritos en el sector de la salud han aumentado su número en cuatro mil unidades solamente, una vez y media menos que sus colegas de las ciencias sociales, dos veces menos que los aspirantes a los diplomas de ingenieros y técnicos, tres veces menos que los candidatos a profesores. Todas las universidades, sin excepción, han participado en este movimiento de modernización: las universidades técnicas, va sin decir, puesto que es su vocación propia la de ofrecer casi exclusivamente "carreras" de tipo moderno; pero las otras universidades no se quedan atrás: entre setenta y noventa por ciento de las nuevas plazas que se han creado entre 1957 y 1967 contribuyen al sector moderno.

Aún cabría agregar que, en muchos casos, el esfuerzo de modernización es más pujante de lo que parece, si se consideran solamente dos grandes sectores. La rama de humanidades, por ejemplo, reagrupa las enseñanzas tradicionales, como aquéllas de las letras y la teología; y lleva también disciplinas más modernas como la psicología. Lo más interesante desde este punto de vista es la consideración de la rama de la salud, que está, como le corresponde, por otra parte, clasificada también en el sector tradicional. Pero existe una forma más moderna de cumplir con las exigencias de la salud pública. La primera, que asegura verdaderos servicios médicos solamente a una minoría de la población, está compuesta únicamente por doctores en medicina o casi, y son médicos generales más que especialistas. En la segunda se rodea al médico de una serie de ayudantes que lo liberan de tareas subprofesionales, y se tiende a especializar un cierto número de doctores para cuidados especiales. En la universidad, el contraste entre estas dos maneras de concebir el ejercicio de la medicina se traduce en la distribución de los efectivos: en el primer caso, la mayor parte

de los estudiantes se compone de aquellos que aspiran al título de doctor en medicina; solamente habrá un número reducido de enfermeras estudiantes, de parteras estudiantes, etcétera; no se ofrece especialización después del doctorado. En el otro caso, cierto número de doctores en medicina continúan estudiando con miras hacia la especialización; aquellos que se inscriben en las escuelas indicadas para convertirse en auxiliares médicos, son más numerosos que los estudiantes de la Facultad de Medicina, propiamente dicha. No se ha llegado aún a esta situación en las universidades chilenas: los aspirantes al doctorado en medicina, en 1967, todavía son más numerosos que los futuros auxiliares (tres mil ochocientos estudiantes más o menos contra cerca de mil setecientos) y aquellos que llevan cursos de "posgraduado", por lo menos en el país, aún son relativamente raros (seiscientos cincuenta). Pero la tendencia es muy clara: en 1957 no existía ninguna enseñanza fuera del doctorado en medicina; el número de estudiantes que aspiran a este grado solamente ha aumentado en una tercera parte entre 1957 y 1967 (índices: 1957 = 100; 1967 = 138).<sup>5</sup> Pero aquellos que se preparan para ser auxiliares del médico se han multiplicado entre cinco y seis veces (1957 = 100; 1967 = 555).

El proceso de modernización, en lo que se refiere a la distribución de los efectivos entre las distintas ramas de la enseñanza, se efectúa en distintas formas:

Estabilización del número de los estudiantes en derecho;

Incremento muy moderado del número de estudiantes en medicina al nivel del doctorado; marcado crecimiento a nivel inferior; comienzo de la especialización;

Desarrollo de "carreras" técnicas: agricultura y medicina veterinaria (del índice de 100 en 1957 al índice 313 en 1967), ingeniería (del índice 100 al índice 332);

Auge en el campo de la economía y de las ciencias sociales (del índice 100 al índice 304);

La rama de la educación se ha desarrollado junto con el crecimiento medio de la universidad (pasa al índice 285, mientras que el índice del número total de estudiantes pasa a 286).

Hemos llegado a la consideración de un último aspecto del "modernismo", la enseñanza universitaria en Chile se caracteriza por la importancia que han cobrado las "carreras cortas", que exigen como máximo cuatro años de estudios superiores. Cerca del cuarenta y ocho por ciento de los estudiantes están en este nivel, destinado a la formación de técnicos, de empleados superiores o de los cuadros

medios, así como ciertos maestros. En esto, la enseñanza superior chilena hace pensar en el sistema europeo, como se presenta hoy en día, y en el cual los institutos superiores de tecnología reagrupan alrededor de la mitad de los estudiantes.

Este caso quizás es único en América Latina, aunque se hayan creado a menudo, al lado de las facultades propiamente dichas, una serie de “escuelas” universitarias. Uruguay cuenta con seis escuelas de este tipo, pero todas están orientadas hacia el sector terciario y se desarrollan poco; en 1960 estas escuelas no reunían más de ocho o nueve por ciento de los estudiantes y la situación no parece haber evolucionado para nada desde entonces.<sup>6</sup> En Chile, la agricultura, la industria y la pedagogía figuran entre las “carreras cortas”, cuya importancia acabamos de mencionar.

En este sentido, la situación varía de un plantel a otro. Dos universidades permanecen fieles al modelo clásico, la Universidad Austral y la Universidad de Concepción: el nivel “profesional” incluye todavía las cuatro quintas partes de los estudiantes y los niveles inferiores parecen ser simplemente accesorios. Por el contrario, las dos universidades técnicas, desde su fundación, han hecho sentir su peso sobre los técnicos más que sobre los ingenieros: la Universidad Federico Santa María solamente tiene la cuarta parte de sus estudiantes en el nivel superior; esto no representa la décima parte de los estudiantes en la Universidad Técnica del Estado. Las cuatro universidades que quedan son “ambivalentes”: las inscripciones se distribuyen en dos partes bastante iguales en los dos niveles. En todos los casos el cambio que se ha producido desde 1957 ha favorecido claramente a las carreras cortas; entonces, el nivel superior representaba la totalidad de los estudiantes en las universidades de creación más reciente, la Universidad Austral y la Universidad del Norte; sobrepasaba el noventa por ciento en Concepción; alcanzaba el ochenta por ciento en la Universidad de Chile y en la Universidad Católica de Chile; sobrepasaba el setenta por ciento en la Universidad Católica de Valparaíso. También en las universidades técnicas ha aumentado sensiblemente.

Una evolución por el estilo hubiera chocado antes; aún ahora puede escandalizar a ciertas universidades demasiado ligadas a la tradición. Por sí misma, sin embargo, es una evolución sana: ya lo hemos dicho, es más “moderna”, está más de acuerdo con las necesidades del desarrollo económico y social, el formar diez técnicos por cada ingeniero, que un técnico por cada diez ingenieros. Se diría lo mismo de la medicina, la agronomía, la arquitectura. . . y de sus auxiliares, que, para ser eficaces, deben poder descargar una serie de tareas sobre técnicos de un nivel inferior al de ellos.

Aquí tenemos, parece, una enseñanza superior ya moderna y en vías de modernizarse cada día más. ¡Qué buena sorpresa, en América Latina! Sí, pero. . . ¿será verdad tanta belleza?

## *2. La tradición bajo las apariencias del modernismo*

En Chile, el número de estudiantes universitarios no está inflado indebidamente por una masa de estudiantes que prolongan su estancia en la universidad más allá de la duración normal, pero está inflado de otra manera. En efecto, si hay muchas deserciones antes del fin de la carrera, en los primeros o en el mismo primer año, el país puede preciarse de un número elevado de estudiantes sin que eso indique que la enseñanza superior haya penetrado realmente en la población, ni que ésta pueda suministrar a la nación los cuerpos capaces de profesionistas que necesita. En Chile, en 1967, las dos quintas partes de los estudiantes se concentraban en los primeros años; los estudios de "flujo" que se han llevado a cabo<sup>7</sup> muestran que deserta más de la mitad de los estudiantes.

En las universidades chilenas, las carreras cortas se han extendido recientemente mucho; entre ellas se cuentan varias que son, en realidad, muy breves, puesto que exigen solamente uno, dos o como máximo, tres años de estudios. Las inscripciones a este nivel sobrepasaban, en 1967, las cifras de ocho mil ochocientos y representaban el dieciséis por ciento de los efectivos. En la mayoría de los países no se considera este tipo de estudios como de nivel superior y las inscripciones, referentes a él no aparecen en las estadísticas universitarias.

Son necesarias, pues, dos correcciones: del total de las personas inscritas conviene desde un principio deducir la cifra que corresponde a los estudios más cortos; del resultado así obtenido se restaría también, para ser muy prudentes y porque las informaciones son limitadas, el cuarenta por ciento de los estudiantes de primer año. En estas condiciones, se obtendría un total de unos treinta y cinco mil "verdaderos" estudiantes, o sea, más o menos trescientos noventa estudiantes por cada cien mil habitantes y cuarenta y cinco o cuarenta y seis por mil del sector de edad comprendido entre veinte y veinticuatro años.

Lo que es más grave es que las deserciones afectan mucho al sector moderno, más que al tradicional. El estudio de una generación de estudiantes (la de 1958) en la Universidad Católica de Chile, ha mostrado que quinientos cinco personas de cada novecientos noventa y cuatro terminaban sus estudios en periodos más o menos largos; en el sector tradicional se retiran cuarenta y un estudiantes de cada cien, y



en el sector moderno, cincuenta y cuatro. En el sector tradicional la deserción no se produce prácticamente fuera del primer año; pero en el sector moderno persiste a lo largo de la carrera. Por esto, la productividad del sector moderno será más baja que la del tradicional: éste produce un número satisfactorio de graduados o, por lo menos "pasantes", en un tiempo bastante cercano al normal; el sector moderno produce poco en un periodo muy largo, por lo tanto a un costo muy elevado.<sup>8</sup>

Cabe hacer más largas reflexiones sobre la distribución por disciplinas, cuyo carácter moderno ya hemos subrayado. Se habrá notado, desde un principio, que Chile es uno de los países que practica una política que denominaríamos "voluntarista", si proviniera de decisiones claras; pero los estudiantes no escogen libremente las materias que desean estudiar ni las profesiones para las cuales se sienten abocados. Se presentan a los exámenes de admisión a menudo en distintas disciplinas y en varias universidades. De no ser rechazados, sería casual que los admitan en donde ellos hubieran preferido: el número de plazas en cada facultad o escuela está limitado, más por imperativos financieros o de espacio que por una planificación de los recursos humanos. Si los estudiantes pudieran inscribirse libremente a los estudios de su elección, lo probable es que la distribución en Chile se asemejara mucho a las de otros sistemas universitarios de América Latina. No es por nada evidente que las motivaciones de los estudiantes chilenos sean distintas a las que animan a sus colegas de otros países latinoamericanos. Un estudio sobre tal cosa mostraría, sin duda, que el prestigio relativo de las diversas profesiones está más de acuerdo con el modelo tradicional que lo que la inscripción permite suponer a primera vista.

Si utilizamos la división tripartita (letras, pedagogía, bellas artes; ciencias sociales; ciencias naturales y aplicadas) que ha aceptado la UNESCO para la Conferencia de Ministros Europeos de la Educación,<sup>9</sup> y si comparamos a Chile con veintidós Estados europeos que reúnen las nueve décimas partes de la enseñanza superior en Europa, constataríamos que los estudiantes chilenos están mucho menos inclinados hacia las ciencias (puras o aplicadas) que sus compañeros europeos. Europa, en 1965, daba una preferencia clara a las disciplinas científicas, a las cuales iban seis estudiantes de cada diez, y dedicaba sólo el cuarenta por ciento de los efectivos a las ciencias sociales, a las letras, a las artes, y a la pedagogía. La relación es exactamente inversa para Chile en 1967.

Extrayendo el sector de la salubridad del de las ciencias naturales y aplicadas, y agregando las cantidades correspondientes a los otros dos sectores, podemos obtener fácilmente la proporción de estudiantes

que se prepara para empleos de tipo terciario y que no intervendrá, al menos directamente, en la producción. El sector de “ciencias naturales y aplicadas” reducido en esta forma, nos dará, *grosso modo*, la proporción de los estudiantes que pueden considerarse dirigidos a la producción, porque incluso los futuros licenciados en ciencias (antes poco numerosos en comparación con los futuros ingenieros) pueden trabajar en los laboratorios de investigación industrial. La mayor parte de los grandes países europeos dedica alrededor de quince o dieciséis por ciento de los estudiantes a la salubridad; la proporción es más débil en los países socialistas que intentan industrializarse rápidamente, como son los Estados de Europa central: podemos, por lo tanto, suponer que ahí es inferior al diez por ciento. Para no alargar las consideraciones ni los cálculos, supondremos que el sector de la salud humana representa quince por ciento del total en el conjunto de los veintidós Estados europeos considerados aquí, porcentaje que es sin duda excesivo. Así podemos advertir que en los Estados europeos el cuarenta y tres por ciento de los estudiantes se inclina hacia la producción, mientras en Chile, sólo lo hace el veintinueve por ciento, si se considera a todos los niveles de estudios, y el veintitrés si solamente se considera el nivel superior (carreras que exigen siquiera cinco años de estudios). En otras palabras: los servicios atraen prácticamente las tres cuartas partes de los estudiantes chilenos.

Puesto que hemos comenzado a distinguir los diferentes niveles, señalemos que en la etapa intermedia (cuatro años de estudios), la proporción que se orienta hacia la producción es satisfactoria (cuarenta y siete por ciento); pero el cuadro se vuelve muy sombrío si se baja en la escala (menos de cuatro años de estudios): si la parte que corresponde a los técnicos agrícolas es ahora alentadora, la que corresponde a los pequeños técnicos de la industria es extraordinariamente débil. Este nivel prácticamente va a dar sólo a las actividades terciarias: bibliotecarios, empleados de alguna calidad, auxiliares de asistentes sociales, muchedumbre de dietistas. . .; esto es, el tipo de gente de quien uno se pregunta cómo se le puede emplear sin crear empleos ficticios y que, en cualquier caso, aumentará la parte de los no productores en la población activa.

Los desequilibrios se afirman si consideramos la relación entre los distintos niveles de estudios que, a primera vista, nos parecían haber abierto perspectivas alentadoras. Las ciencias naturales y el derecho se sitúan exclusivamente al nivel que exigen cinco años de estudios. El hecho no da cabida a muchos comentarios: sin embargo uno podría imaginar, como sucede en otros lados, que la formación jurídica se diversifica en una “carrera” larga y una “carrera” corta; no es

necesario en lo absoluto estudiar derecho durante cinco años para ejercer el oficio de escribano, de tinterillo, de administrador de inmuebles, de empleado en un despacho de litigantes. Pero en América Latina los "abogados" se han asegurado el monopolio de todas las actividades jurídicas, aun las más humildes, y Chile se pliega, en este punto, a las costumbres de la región.

En el ámbito de la agricultura y de la producción de alimentos, se preparan dos ingenieros por cada técnico. El nivel de los técnicos superiores está poco nutrido: se ofrecen dos especialidades (la mecánica agrícola, por la Universidad Técnica del Estado: la pesca por la Universidad Católica de Valparaíso y la Universidad del Norte), y solamente reúnen ciento noventa y un estudiantes. Evidentemente es muy poco, si se piensa en la importancia que estas dos especialidades pueden tener en el desarrollo del país. En un nivel más bajo, se encuentran los futuros colaboradores inmediatos de los agrónomos y de los oficiales forestales, pero hay que tomar en cuenta aquellos que se forman fuera de las universidades: la relación es pues de doce ingenieros por diez técnicos. En medicina veterinaria sólo existe el nivel superior.

La ingeniería contrasta singularmente con la agricultura: siete aprendices técnicos por tres futuros ingenieros. En este sentido se notará que el trabajo ha sido netamente dividido entre las universidades. Algunos concentran sus esfuerzos en los niveles inferiores, mientras que las tres instituciones más antiguas (Universidad de Chile, a excepción de los centros provinciales que reciben algunos futuros técnicos, la Universidad Católica de Chile y la Universidad de Concepción) solamente entrenan, por decirlo así, a ingenieros; estos tres planteles comparten prácticamente la exclusividad de la formación de los ingenieros en el país.

Las ciencias sociales tienen una estructura muy parecida, en apariencia, a aquella de la ingeniería: alrededor de treinta por ciento en los niveles superiores y setenta por ciento en los otros niveles. Pero la situación es, de hecho, muy distinta: las "carreras" cortas rara vez sirven para formar auxiliares para los profesionistas preparados en las carreras largas. Aquí es necesario hacer ciertas precisiones: en el nivel que requiere cinco años de estudio, se preparan economistas, geógrafos, sociólogos; solamente a los primeros se puede asignar auxiliares provenientes de los niveles inferiores: contadores, técnicos de aduanas y de cooperativas. . . Para la economía, se preparan doce técnicos por cada diez profesionistas. Para el resto, las carreras que exigen menos de cinco años de estudio tienen una existencia autónoma.

Se puede hacer comentarios análogos en el ámbito de la arquitec-

tura y de las artes. A los arquitectos corresponden, en los niveles inferiores, los técnicos de la construcción y, con un poco de buena voluntad, los decoradores; las cifras nos dan dos arquitectos por cada auxiliar. El resto está compuesto de carreras cortas que no tienen un rango "profesional" correspondiente.

Ya hemos hablado algo sobre la salubridad: aun teniendo en cuenta los estudiantes de las escuelas del Servicio Nacional de la Salud, se preparan trece doctores, dentistas y farmacólogos por cada diez enfermeras, parteras, puericultoras y dietistas (que son, sin embargo, excesivas: hay doscientas cincuenta inscritas), como ya hemos indicado de paso.

En el ámbito de la pedagogía, las universidades concentran sus esfuerzos en la preparación de profesores de secundaria, y dejan a las escuelas normales la preparación más breve de los maestros de primaria. A pesar de esto la pedagogía en Chile cobra una importancia considerable, puesto que reúne cerca de la tercera parte de los alumnos. Excepción hecha de Chipre y Malta, que tienen un carácter muy especial, Chile representa un caso único en las estadísticas universitarias, y ciertos establecimientos dan tanta importancia a estas disciplinas que se les podría calificar como universidades pedagógicas: son la Universidad del Norte y la Universidad Católica de Valparaíso; a éstos hay que agregar la mayoría de los centros regionales de la Universidad de Chile.

Cabe preguntar dos cosas: ¿por qué se orientan los estudiantes en masa hacia la pedagogía? ¿Por qué las universidades reservan tantas plazas a la formación pedagógica? Estos dos problemas evidentemente están ligados, pero son formalmente distintos. Se antojaría responder que las universidades quieren suministrar numerosos y bien preparados profesores a la enseñanza secundaria y que la profesión de maestro es prestigiosa en el país. Pero todo indica más bien que la pedagogía es la segunda o tercera elección para los estudiantes que no han sido admitidos en otros lados y que, a menudo, solamente hacen un año de estudios en la facultad de educación y se presentan inmediatamente al examen de admisión de facultades más prestigiosas. Dos índices confirman esta interpretación: la tasa muy elevada de deserciones a fines del primer año y el carácter masculino (en oposición al conjunto que es netamente femenino) de la enseñanza pedagógica que se relaciona con las matemáticas y la física, la biología y las ciencias naturales, la historia y la geografía; los otros tipos de enseñanza a los cuales los estudiantes de carreras "pedagógicas" habrían podido pretender son la ingeniería, la medicina, el derecho, la economía. Posiblemente continúan aspirando a esas actividades y han entrado a la facultad de educación con la esperanza de salirse

pronto. Si permanecen allí, se sentirán frustrados. El desarrollo de las facultades de pedagogía sería, en mucha medida, la consecuencia de los límites impuestos actualmente a la admisión a las otras carreras. Para las universidades, por otra parte, este desarrollo constituye una forma de responder a la demanda social de carreras largas, sin tener que modificar su política (si es que existe alguna) de admisión a las otras facultades. A pesar de todo esto, se está muy lejos de preparar una enseñanza de secundaria de tipo moderno; el desequilibrio es muy evidente entre las materias literarias y las materias científicas: debe formarse un profesor de ciencias por cada dos profesores de letras y de ciencias sociales.

A pesar de las apariencias, las universidades chilenas se han modernizado mucho menos de lo que se creía. Por lo menos han evolucionado, parece, en forma a democratizar la enseñanza superior: asegurar la igualdad entre la zona central y la provincia, y entre ambos sexos. Aquí, una vez más, conviene hacer un estudio más detallado.

De 1957 a 1967, se han creado unas quince mil plazas nuevas de estudiantes en la provincia; esta expansión se debe sobre todo a una avanzada de planteles que tienen su sede en Santiago y que dan aproximadamente las dos terceras partes de estas nuevas plazas. En cifras redondas, de cada diez mil plazas que Santiago coloca en la provincia, nueve mil van a las carreras cortas (cuatro años de estudios por lo menos). La única contribución que las universidades santiaguinas hacen a la provincia, en el nivel superior, corresponde a la pedagogía, y aún así no representa sino la mitad de su esfuerzo en este campo.

Las universidades provinciales, las que tienen su sede en la provincia<sup>10</sup>, han seguido una política notablemente diferente: especialmente la Universidad de Concepción y la Universidad Austral, que cuentan con cerca del ochenta por ciento de sus estudiantes al nivel llamado "profesional" y por lo tanto han dedicado a este último todas las plazas que han creado durante el periodo considerado. Su perseverancia no ha podido, sin embargo, contrarrestar la situación creada por las universidades de Santiago. Por lo tanto, hoy la provincia ofrece dos plazas en los niveles inferiores por una en el nivel superior; la proporción es exactamente inversa en Santiago y Valparaíso. ¿Es esto lo que se llama la igualdad de oportunidades?

¿Pero, por lo menos, las mujeres tienden a igualarse con los hombres? Aquí también, podremos ser breves: las estadísticas nos muestran que la proporción de hombres aumenta conforme se avanza a los cursos superiores. En los primeros cuatro años hay ciento cuarenta y cinco hombres por cada cien mujeres; en el quinto y sexto años, doscientos diez y ochocientos sesenta hombres por cada cien muje-

res. ¿Acaso quiere decir esto que las mujeres abandonan más fácilmente sus estudios? No parece ser así. Más bien es que la expansión hacia la provincia ha contribuido fuertemente a permitir un acceso más amplio de las mujeres a la enseñanza universitaria. ¿Pero a qué tipo de enseñanza? Lo acabamos de ver. De hecho, en la parte inferior de la escala de niveles, las mujeres son proporcionalmente dos veces más numerosas que los hombres. Los dos niveles más bajos reúnen más de la mitad de las mujeres y solamente cuarenta y dos por ciento de los hombres. Una mujer solamente tiene cuarenta y seis oportunidades en cien de hacer estudios de larga duración, mientras que un hombre tiene cincuenta y seis. Si no se tomaran en cuenta las universidades técnicas, esencialmente masculinas y dedicadas a carreras cortas (lo que hace crecer la proporción de los hombres en niveles inferiores) el contraste entre las oportunidades de ambos sexos no sería sólo claro: sería brutal. Lo que se ofrece a las mujeres, son sobre todo carreras cortas, exceptuada la pedagogía, lo que las lleva a ocupaciones terciarias.

\* \* \*

La universidad en Chile es pues mucho más tradicional de lo que parece a primera vista. A pesar de ciertas apariencias, su acción principal se ejerce sobre ciertos sectores que permanecen al margen del sistema económico. Es lo que se hacía antaño, al formar principalmente médicos y abogados, y muchas universidades en América Latina continúan haciendo lo mismo: los estudiantes en derecho y medicina representan, aún hoy en día, cerca o más de la mitad del total.<sup>11</sup> En Chile, la proporción correspondiente es de dieciocho por ciento. Pero lo esencial no es, evidentemente, ni el derecho ni la medicina, sino, como acabamos de mencionar, la relación con la economía. Por lo tanto es necesario considerar también a los futuros profesores, los artistas, los estudiantes en letras que, todos, son marginales en relación con la producción y la distribución. La proporción alcanza, pues, cincuenta y cuatro por ciento. Restringiendo el acceso al derecho y a la medicina Chile ha abierto la puerta a otras carreras: los sectores profesionales de los cuales se trata aquí son menos limitados que en el seno de la universidad tradicional; pero sus salidas no acarrear muchas ventajas para la economía.

De hecho, estas salidas son artificiales, más teóricas que reales. Como resultado de esto, sin duda alguna, tenemos que muchos estudiantes no terminan jamás sus estudios. Esto es cierto para carreras "modernas", como la ingeniería, y —ya lo hemos mencionado— es igualmente cierto para las carreras falsamente modernas que acaba-

mos de enumerar. Una selección que es brutal, pues se sitúa principalmente durante y a fines del primer año, elimina a los estudiantes de carreras “modernas” y las “pseudomodernas” mientras que los de las “tradicionales” sobreviven. Por esto mismo, la democratización de la enseñanza superior patina en el mismo sitio. Ya hemos señalado las desventajas de la provincia. No existen buenas estadísticas que permitan medir la parte de cada capa social en cada universidad y en cada escuela; sin embargo, nadie ignora que los estratos más acomodados y los más cultivados predominan en las escuelas de derecho y de medicina. Las clases superiores de Chile parecen haber sido más inteligentes que sus homólogas en otros países de América Latina: no están contentas con ser dueñas de la tierra; han buscado las profesiones liberales más activamente que otras clases y han contado con el ejercicio de estas profesiones para mantener sus ingresos y su poder. Parecen haber tenido éxito en este sentido y mucho éxito para asegurarse el cuasimonopolio.

Por lo tanto se ha cerrado el acceso a los estudios más largos y prestigiosos; al mismo tiempo, las posibilidades de la ingeniería conservaban, también, un carácter de profesión liberal: despacho particular, administración pública, puesto que el impulso minero se debe a las compañías extranjeras y la poca industria a los esfuerzos de los técnicos. Pero la apertura que se ha realizado en el ámbito de las carreras aparentemente más modernas y de cursos cortos produce resultados análogos a aquellos que engendra, en otras partes, una inflación de estudiantes en derecho y medicina: deserción y perspectivas mediocres. Bajo estas condiciones, el país, evidentemente, no puede estar tranquilo; pero no son los estratos sociales menos favorecidos los que exigen reivindicaciones. Quienes se quejan y alborotan son aquellos cuyos ingresos, en el curso de los últimos años, han aumentado seis o siete veces más que los salarios obreros y que disfrutaban de ventajas sociales pagadas por otros, sin que estos otros se beneficien. Cada año los debates ocasionados por el “reajuste” muestran claramente que la clase media no quiere sacrificar ninguno de sus privilegios y rechaza los esfuerzos de ahorro que serían necesarios para el desarrollo. La universidad en Chile es la que corresponde a un país que quiere ser superdesarrollado en el ámbito del consumo, pero permanece subdesarrollado en lo que se refiere a la producción, sobre todo de bienes esenciales (productos agrícolas, energía. .). Armar automóviles modestos o —después— de lujo no es industrializarse, simplemente es consumir mejor. La universidad lanza al mercado aspirantes a un consumo que crece incesantemente.

La descomposición del sistema universitario que se ha visto en 1968 está evidentemente ligada a una crisis general del país. Cuando

la actitud que acaba de describir es no la de miembros poco numerosos de las clases privilegiadas, sino la de una importante clase media, se ve nacer poco a poco un desequilibrio entre las formas democráticas de gobierno y la capacidad de producción. Se va fatalmente, más o menos rápido —según las circunstancias— hacia el punto de ruptura. La revuelta estudiantil en Chile, sin embargo, ha tomado el aspecto de una lucha general contra la sociedad y el orden político sólo en sus justificaciones *a posteriori* o en el seno de ciertos grupos de audiencia limitada. No solamente los obreros y los campesinos se han interesado poco en este asunto, sino que ni siquiera se ha hecho un llamado a ellos. Nadie ha creído jamás en una revolución. ¿Se trataba, por lo menos, de preparar una reforma de la universidad? Que la distribución del poder universitario se modificó con el cogobierno, es algo visible. Pero el poder ¿para qué? ¿para hacer qué cosa? Las nuevas estructuras construidas apresuradamente, no modifican ni las condiciones de acceso ni el *numerus clausus* que impone la distribución actual, ni la duración de los estudios. ¿En qué aparece más moderna o más democrática la universidad? Al ganar más autonomía, ¿los centros regionales acaso han obtenido algo más que una “municipalización” que acentuará una vez más las diferencias de prestigio y de nivel entre la capital y la provincia? ¿Se ha siquiera hablado de destruir los privilegios o de mantenerlos?

<sup>1</sup> Para 100,000 habitantes en 1965, Alemania, 258 estudiantes; Dinamarca, 377 (1964); Países Bajos, 539; Bélgica, 583; Suecia 630; Francia, 696 (sin contar las “grandes écoles”); Checoslovaquia, 767; Finlandia, 861; Bulgaria, 1,065; URSS, 1,381. cf. UNESCO. *Données statistiques comparatives sur l'accès à L'Enseignement supérieur en Europe* (Mineurop 3b), 1967, p. 41.

<sup>2</sup> Cf. UNESCO, *op. cit.*, p. 42.

<sup>3</sup> Santiago: 55%; Valparaíso, 13%; la provincia: 32% de los inscritos en 1967.

<sup>4</sup> J. LAMBERT. *Amérique Latine, Structures Sociales et Institutions Politiques*, París, 1963, p. 125.

<sup>5</sup> El número de estudiantes en medicina (doctorado) incluso ha disminuido en la Universidad de Concepción (veintiuna inscripciones menos en 1967 que en 1957), mientras que esta universidad ha creado ciento cincuenta plazas nuevas en el sector de la salud para los auxiliares médicos.

<sup>6</sup> Cf. Instituto de Ciencias Sociales, *Registro Universitario 1960*, Montevideo, 1961, pp. 5 y 6; Aldo E. Solari. “La Universidad en transición en una sociedad estancada: el caso del Uruguay”, *Aportes* 2 (Oct. 1966) pp. 8 y 16; J. Labbens, “Las universidades latinoamericanas y la movilidad social”, *ibidem* p. 74.

<sup>7</sup> Cf. J. LABBENS, “Modernización y tradicionalismo en la matrícula universitaria y en la producción de egresados, el caso de la Universidad Católica de Chile”, en CIDU, *Cuatro ensayos sobre la Universidad*, Santiago, Chile, 1968.

<sup>8</sup> Cf. J. LABBENS, “Modernización y tradicionalismo. . .” *art. cit.*



<sup>9</sup> UNESCO, *op. cit.*

<sup>10</sup> Recordemos que aquí la palabra "provincia" se opone a la zona central: Santiago y Valparaíso.

<sup>11</sup> Cf. Aldo Solari y asociado, *Estudiantes y política en América Latina*, Caracas, 1968, p. 143.